



348 Conectados con el Papa: Redescubrir la belleza de dar testimonio del Resucitado

(Audiencia, 12 de junio de 2019)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Comenzamos un itinerario catequético que seguirá el "viaje": el viaje del Evangelio narrado en el libro de los Hechos de los Apóstoles, porque este libro nos muestra ciertamente el viaje del Evangelio, como el Evangelio ha ido más allá, y más allá, y más allá. *Todo comienza a partir de la resurrección de Cristo*. Efectivamente, no es un evento entre otros, sino la fuente de una nueva vida. Los discípulos lo saben y, obedientes al mandato de Jesús, permanecen unidos, concordados y perseverantes en la oración. Se reúnen en torno a María, la Madre, y se preparan para recibir la potencia de Dios no de manera pasiva, sino consolidando la comunión entre ellos.

Esa primera comunidad estaba formada por 120 hermanos y hermanas, más o menos: un número que lleva dentro de sí el 12, emblemático para Israel, porque representa a las doce tribus, y emblemático para la Iglesia, a causa *de los doce apóstoles elegidos* por Jesús. Pero ahora, después de los dolorosos eventos de la Pasión, los apóstoles del Señor, ya no son doce, sino once. Uno de ellos, Judas, ya no está allí: se había quitado la vida aplastado por el remordimiento.

Ya había comenzado antes a separarse de la comunión con el Señor y con los demás, a hacer las cosas solo, a aislarse, a aferrarse al dinero hasta el punto de instrumentalizar a los pobres, a perder de vista el horizonte de la gratuidad y de la entrega hasta permitir que el virus del orgullo infectase su mente y su corazón, transformándolo de "amigo" (Mt 26,50) en enemigo y en "guía de los que arrestaron a Jesús" (Hch 1,17). Judas había recibido la gran gracia de formar parte del grupo de amigos íntimos de Jesús y de participar en su propio ministerio, pero en un momento dado pretendió "salvarse" la vida con el resultado de perderla (ver Lc 9,24). Dejó de pertenecer a Jesús con su corazón y se colocó fuera de la comunión con Él y con los suyos. Dejó de ser discípulo y se puso por encima del Maestro. Lo vendió y con el "precio del crimen" compró un terreno que no produjo frutos sino que se impregnó con su sangre (ver Hch 1,18-19).

Si Judas prefirió la muerte a la vida (ver Dt 30,19; Sir 15,17) y siguió el ejemplo de los impíos cuyo camino es como la oscuridad y se arruina (vea

Pr 4,19; Sal 1,6), los once eligieron, en cambio, elegir la vida y la bendición, hacerse responsables de que fluyese en la historia, de generación en generación, del pueblo de Israel a la Iglesia.

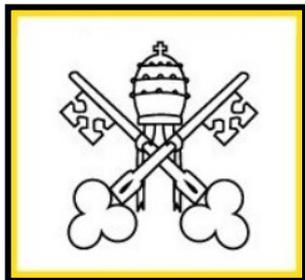
El evangelista Lucas nos muestra que ante el abandono de uno de los doce, que ha creado una herida en el cuerpo de la comunidad, es necesario que su puesto pase a otro. ¿Y quién podría asumirlo? Pedro indica el requisito: el nuevo miembro debe haber sido un discípulo de Jesús desde el principio, es decir, desde el bautismo en el Jordán hasta el final, o sea, hasta la ascensión al Cielo (ver Hch 1,21-22). El grupo de los doce necesita ser reconstituido. En este momento se inaugura la praxis del *discernimiento comunitario*, que consiste en ver la realidad con los ojos de Dios, en la perspectiva de la unidad y la comunión.

Hay dos candidatos: José Barsabás y Matías. Entonces, toda la comunidad reza de la siguiente manera: "Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar el puesto... del que Judas desertó" (Hch 1,24-25). Y, a través de las suertes, el Señor indica a Matías que se une con los once. Así se reconstituye el cuerpo de los doce, signo de la comunión y la comunión supera las divisiones, el aislamiento, la mentalidad que absolutiza el espacio privado, un signo de que la comunión es el primer testimonio que ofrecen los Apóstoles. Jesús lo había dicho: "Por esto todos los hombres sabrán que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros" (Jn 13,35).

Los doce manifiestan el estilo del Señor en los Hechos de los Apóstoles. Son los testigos acreditados de la obra de salvación de Cristo y no manifiestan su presunta perfección al mundo, pero a través de la gracia de la unidad, hacen que surja un Otro que ahora vive de una manera nueva entre su pueblo. ¿Y quién es este? Es el Señor Jesús. Los apóstoles eligen vivir bajo el señorío del Resucitado en la unidad entre los hermanos, que se convierte en la única atmósfera posible del auténtico don de sí mismo.

También nosotros debemos redescubrir la belleza de dar testimonio del Resucitado, saliendo de actitudes autorreferenciales, renunciar a retener los dones de Dios y sin ceder a la mediocridad. La reunificación del Colegio apostólico muestra cómo en el ADN de la comunidad cristiana hay unidad y libertad de uno mismo, que nos permite no tener miedo de la diversidad, no apegarnos a cosas y dones y convertirnos en *martyres*, es decir, testigos luminosos del Dios vivo y operativos en la historia. ¡Gracias!

Papa Francisco



347 Conectados con el Papa: El Espíritu Santo nos impulsa a "caminar juntos"

(Audiencia, 5 de junio de 2019)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El fin de semana pasado hice un Viaje Apostólico a Rumanía, invitado por el Presidente y la Primera Ministra. Les renuevo mi agradecimiento que extiendo a las otras autoridades civiles y eclesiásticas, así como a todos aquellos que han colaborado en la realización de esta visita. Sobre todo, le doy gracias a Dios que ha permitido que el Sucesor de Pedro regresara a ese país, veinte años después de la visita de San Juan Pablo II.

En resumen, como anunciaba el lema del viaje, he exhortado a "caminar juntos". Y me alegró poder hacerlo no desde lejos, o desde arriba, sino caminando entre el pueblo rumano, como peregrino en su tierra.

Los diversos encuentros resaltaron el valor y la necesidad de caminar juntos sea *entre los cristianos*, en el ámbito de la fe y de la caridad, sea *entre los ciudadanos*, en el ámbito del compromiso civil.

Como cristianos, tenemos la gracia de vivir una estación de relaciones fraternales entre las diferentes iglesias. En Rumanía, la mayoría de los fieles pertenecen a la Iglesia Ortodoxa, actualmente guiada por el Patriarca Daniel, a quien va mi pensamiento fraternal y agradecido. La comunidad católica, tanto "griega" como "latina", está viva y activa. La unión entre todos los cristianos, aunque incompleta, se basa en el único bautismo y está sellada con la sangre y el sufrimiento sufrido en los tiempos oscuros de la persecución, particularmente en el último siglo bajo el régimen ateo. También hay otra comunidad luterana que profesa la fe en Jesucristo y tiene buenas relaciones con los ortodoxos y con los católicos.

Con el Patriarca y el Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Rumana tuvimos un encuentro muy cordial, en el cual reiteré el deseo de la Iglesia Católica de caminar juntos con la memoria reconciliada y hacia una unidad más completa, que el pueblo rumano invocó proféticamente durante la visita de San Juan Pablo II. Esta importante dimensión ecuménica del viaje culminó en la solemne oración del Padre Nuestro, dentro de la nueva e imponente catedral ortodoxa de Bucarest.

Este fue un momento de fuerte valor simbólico, porque el Padre Nuestro es la oración cristiana por excelencia, patrimonio común de todos los bautizados. Nadie puede decir “Padre mío” y “Padre vuestro”; no, “Padre Nuestro”, patrimonio común de todos los bautizados. Manifestamos que la unidad no merma la diversidad legítima. ¡Qué el Espíritu Santo nos guíe a vivir cada vez más como hijos de Dios y hermanos entre nosotros!

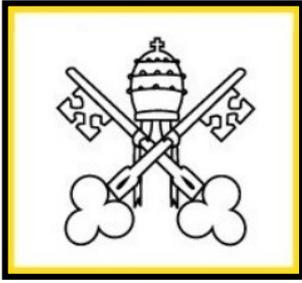
Como comunidad católica celebramos tres liturgias eucarísticas. La primera en la catedral de Bucarest, el 31 de mayo, en la fiesta de la Visitación de la Virgen María, icono de la Iglesia en el camino de fe y de caridad. La segunda eucaristía en el santuario de Sumuleu Ciuc, meta de muchos peregrinos. Allí, la Santa Madre de Dios reúne al pueblo fiel en la variedad de lenguas, culturas y tradiciones. Y la tercera celebración fue la Divina Liturgia en Blaj, centro de la Iglesia Greco-Católica en Rumania, con la beatificación de siete obispos greco-católicos, testigos de la libertad y de la misericordia que vienen del Evangelio. Uno de estos nuevos beatos, Mons. Iuliu Hossu, durante su encarcelamiento escribió: “Dios nos envió a estas tinieblas de sufrimiento para dar el perdón y orar por la conversión de todos”. Pensando en las terribles torturas a las que fueron sometidos, estas palabras son un testimonio de misericordia.

Particularmente intenso y festivo fue el encuentro con los jóvenes y las familias, celebrado en Iași, antigua ciudad e importante centro cultural, encrucijada entre Occidente y Oriente. Un lugar que invita a *abrir caminos* por los que *caminar juntos*, en la riqueza de la diversidad, en una libertad que no corta las raíces sino que ahonda en ellas de una manera creativa. También este encuentro tuvo un carácter mariano y terminó encomendando a los jóvenes y a las familias a la Santa Madre de Dios.

La última parada del viaje fue una visita a la comunidad rom de Blaj. En esa ciudad, los rom son muy numerosos, por eso quise saludarlos y renovar el llamamiento contra toda discriminación y por el respeto de las personas de cualquier etnia, idioma y religión.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias a Dios por este Viaje Apostólico y pidámosle, a través de la intercesión de la Virgen María, que dé frutos abundantes para Rumanía y para la Iglesia en esas tierras. ¡Gracias!

Papa Francisco



346 Conectados con el Papa: La sobreabundancia de la vida del Resucitado en la Iglesia

(Audiencia, 29 de mayo de 2019)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy comenzamos un ciclo de catequesis a través del Libro de los Hechos de los Apóstoles. Este libro bíblico, escrito por San Lucas Evangelista, nos habla sobre el viaje, un viaje: ¿pero qué viaje? Del viaje del Evangelio en el mundo, y nos muestra la maravillosa unión entre la Palabra de Dios y el Espíritu Santo que inaugura el tiempo de la evangelización. Los protagonistas de los Hechos son solo una “pareja” viva y efectiva: la Palabra y el Espíritu.

Dios “envía su mensaje a la tierra” y “su palabra corre rápido”, dice el Salmo (147,4). La Palabra de Dios corre, es dinámica, riega todo el terreno en el que cae. ¿Y cuál es su fuerza? San Lucas nos dice que la palabra humana se vuelve efectiva no gracias a la retórica, que es el arte de hablar bien, sino gracias al Espíritu Santo, que es el *dýnamis* de Dios, la dinámica de Dios, su fuerza, que tiene el poder. Purificar la palabra, hacerla portadora de la vida. Por ejemplo, en la Biblia hay historias, palabras humanas; ¿Pero cuál es la diferencia entre la Biblia y un libro de historia? Que las palabras de la Biblia son tomadas por el Espíritu Santo que nos da una gran fuerza, una fuerza diferente y nos ayuda a hacer de esa Palabra una semilla de santidad, una semilla de vida, para que sea efectiva. Cuando el Espíritu visita la palabra humana, se vuelve dinámico, como “dinamita”, que puede iluminar corazones y hacer estallar patrones, resistencias y muros de división, abriendo nuevos caminos y expandiendo los límites del Pueblo de Dios. Veremos esto en el ciclo de estas catequesis, en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Quien da vibrante sonoridad e incisiva acentuación a nuestra frágil palabra humana, incluso capaz de mentir y escapar de sus responsabilidades, es solo el Espíritu Santo, a través del cual se generó el Hijo de Dios; el Espíritu que lo ungió y lo sostuvo en la misión; el Espíritu a través del cual eligió a sus apóstoles y quien garantizó la perseverancia y la fructificación para su proclamación, como también lo garantiza hoy en nuestro anuncio.

El Evangelio termina con la Resurrección y la Ascensión de Jesús, y la trama narrativa de los Hechos de los Apóstoles comienza aquí, desde la sobreabundancia de la vida del Resucitado transfigurando a su Iglesia. San Lucas nos dice que Jesús “se mostró... vivo, después de su pasión, con muchas pruebas, durante cuarenta días, apareciendo... y hablando de cosas concernientes al reino de Dios” (Hechos 1,3). Cristo resucitado, Jesús resucitado, hace gestos muy humanos, como compartir una comida con los suyos, y los invita a esperar confiadamente el cumplimiento de la promesa del Padre: “serás bautizado en el Espíritu Santo” (Hechos 1,5).

El bautismo en el Espíritu Santo, de hecho, es la experiencia que nos permite entrar en una comunión personal con Dios y participar en su voluntad salvífica universal, adquiriendo el don de la parresia, el coraje, que es la capacidad de pronunciar una palabra “desde Hijos de Dios”, no solo de los hombres, sino de los hijos de Dios: una palabra clara, libre, efectiva, llena de amor por Cristo y por los hermanos.

Por lo tanto, no hay lucha para ganar o merecer el don de Dios. Todo se da gratis y a su debido tiempo. El Señor lo da todo gratis. La salvación no se puede comprar, no se paga: es un regalo gratis. Frente a la ansiedad de saber de antemano el momento en que sucederán los eventos que anunció, Jesús responderá a los suyos: “No te corresponde a ti saber los momentos o momentos que el Padre ha reservado para su poder, pero recibirás la fuerza del Espíritu Santo que descenderá en ti, y en mí serás testigo en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1,7-8).

El Resucitado invita a su propia gente a no vivir el presente con ansiedad, sino a hacer una alianza con el tiempo, a saber cómo esperar el desentrañamiento de una historia sagrada que no ha sido interrumpida pero que está avanzando, siempre continúa; para saber esperar los “pasos” de Dios, el Señor del tiempo y el espacio. El Resucitado invita a su pueblo a no “fabricar” la misión por sí mismos, sino a esperar que el Padre fortalezca sus corazones con su Espíritu, para involucrarse en un testimonio misionero capaz de irradiar de Jerusalén a Samaria e ir más allá de las fronteras de Israel para llegar a las periferias del mundo.
¡Gracias!

Papa Francisco